

*A papá y a mamá: en vida  
A Severino Salazar Muro: en la otra vida*

**N**o sé cuándo fui consciente de que mi voz era una acuarela y podía incluso pintar los sentimientos. Lo que sí puedo decir es que era yo un ángel; lo sé porque tuve un sueño en que yo mismo pedía a Dios que me enviara a la Tierra, aunque la verdad olvidé el porqué. Recuerdo que el gran Dios dijo:

—¿Estás seguro?

—Sí —respondí con una sonrisa.

—Que no te extrañe el olvido, sólo recordarás que alguna vez fuiste un ángel.

Me quitó entonces las alas y yo caí del infinito a la Tierra. De pronto me encontré sentado en la tumba de un cementerio. Subía y alzaba los hombros, me asombraba lo ligero que me podía sentir y reía, reía. Me puse de pie y acerqué mi rostro a una estatua doliente: sus ojos eran unas cuencas vacías que transmitían tristeza sin fin.

—¿Estás así por tanto llorar, estatua doliente? —le pregunté.

\* Coordinación de Lenguas Extranjeras, UAM-A.

—Sí, pero ya no tengo más llanto. Sólo el dolor y la pena que me encargaron los sobrevivientes para acompañar al que se fue —me respondió.

—¿Quién se fue? Dime, ¿por lo menos vivió para cumplir su misión y trascender? —volví a preguntar, pero no pude oír la respuesta porque centré mi atención en otro punto. A lo lejos vi a un dragón que paseaba entre las tumbas, llevaba un ramillete de violetas en las manos. ¡Era enorme, lleno de color y nostalgia! Inspiraba simpatía desde el primer momento. Su figura destacaba entre los pirules, jacarandos, eucaliptos y colorines. Se acercó hasta donde yo estaba, y sin miedo tomé sus mejillas entre mis manos y acerqué mi rostro al suyo para escudriñar sus ojos.

—¡Hola, beluga! —exclamé con gusto.

—No soy beluga, niño. Soy un dragón, ¿no te has dado cuenta?

—Sí, claro, pero tienes un espíritu acuático y se ve en tus ojos. ¿A qué has venido?

—Vengo en busca de recuerdos y traigo violetas, pero acuérdate, niño, que las flores se dan en vida, siempre en vida.

—¿Quieres ser mi amigo? —le pregunté, y fue entonces que me fijé que cuando él sonreía asomaban sus hoyuelos de azúcar y sus ojos eran unas chispitas color maple.

—Sí, sí quiero ser tu amigo, quiero que seamos amigos —respondió con su voz tan profunda como un roble viejo, y tan fresca como el pasto recién cortado.

A partir de aquel día iniciamos nuestro recorrido campo abierto, por el bosque, por las colinas, y supe que él era originario de un volcán, ahí había nacido, y sentía fascinación por el fuego. Su piel estaba formada por escamas que sonaban a hojitas de latón acariciadas por el viento y ¡eran de tantos colores!: limón, pistache, amarillo, mamey, rojo cardenal, mostaza, bronce, oliva, plata, oro, violeta, lila, azul, miel, ocre, madera, perla y plomo.

¿Por qué me gustaba tanto pegar la punta de mi nariz a la del dragón? Tal vez porque el beso esquimal es un beso bonito, es echarte un chapuzón al alma del otro y permitir que éste también

pueda bucear en la tuya, y en realidad eso es lo que sucedía. Conforme pasaba el tiempo quería más y más al dragón. Me sentía lleno de confianza, protegido y muy amado.

Mi tiempo preferido era la noche porque era entrar al universo infinito de los cuentos. La voz del dragón era tan melodiosa, tan llena de tonalidades, de armonía, de entusiasmo, de ternura... era como prender velas en el alma, como estar de cara ante el mismo sol.

Un día, sin embargo, pasamos muy cerca de un grupo de niños que jugaban “serpientes y escaleras”. La cartulina era enorme, llena de cuadritos, de dibujos y números. Nos acercamos al pequeño grupo y yo saludé:

—¡Hola!

—¡Hola! —exclamaron a coro. Y el dragón hizo una pequeña caravana. El niño de pecas y pelo rojo le dijo:

—¡Qué bonito eres, y qué lindo sueñas!

—¡Gracias! —respondió mi amigo con timidez.

—¿Queréis jugar con nosotros? —preguntó el niño de acento diferente.

—¿A qué jugáis? —dijo el dragón que rápido aprendía acentos.

—Se llama “serpientes y escaleras”.

—¡Oh, no, lo siento! ¡Las serpientes me dan miedo! ¡Nunca hemos hecho amistad! —respondió apenado el dragón y dispuesto a emprender la retirada.

—¡Vamos, es muy divertido! Sólo tienes que agitar los dados, arrojarlos y después contar los puntos, entonces empiezas a avanzar cuadritos —dijo con aire inteligente la niña de piel morena y ojos aceituna.

—¡Es sólo un momento!

—¡Sí, no tengas miedo!

—¡Estás entre amigos!

Así fue como nos unimos al juego del grupo, y cada quien tuvo su turno. Ahora éste lanzaba los dados, ahora aquél y así sucesivamente. El dragón quedó pensativo durante un momento y exclamó:

—¿Saben niños? ¡Así es la vida! ¡Eso es lo que hay que aprender: a veces te toca la punta de la escalera y subes, pero otras, si te toca la cola de la serpiente no tienes más remedio que bajar y volver a empezar!

—¡Volver a empezar! —gritó con alegría el niño de pelo rojo—. Lo bonito es que puedes intentar otro camino, puede nacer otra historia, con otro numeral.

Y todos guardamos silencio tratando de pensar, ¿cómo podría ser otra historia? Nos despedimos entonces, el dragón regaló violetas a nuestros nuevos amigos y continuamos con nuestro recorrido.

A veces los días eran como los limones: amarillo-verdosos, llenos de vida y energía, otros eran como la toronja, de muy buen aroma. Los atardeceres, por lo general, eran como la vainilla: muy delicados, llenos de tonos purpúreos, y yo hacía atados de flores que regalaba al dragón. Él, por su parte, me regaló una piedra que lanzó hacia arriba con todas sus fuerzas y un ave que pasaba por ahí la tomó entre sus garras, y volando alto la entregó a un ángel, que en ese momento la plantó en el jardín del cielo. Desde entonces brilla como una estrella que aún ahora se puede ver.

Una mañana encontramos un ojo de agua y el dragón no lo pensó dos veces, primero metió una pata y exclamó: “¡Ah, deliciosa, esta agua está deliciosa! ¡Justo lo que se necesita para nadar!” Dio un salto y ya estaba él ahí... me recordó a las belugas, a las sirenas. ¡Y es que disfrutaba tanto aquel momento, y hacía unas figuras tan bonitas! Yo no sabía nadar, por eso es que lo esperaba afuera. Me senté en una roca y disfruté la calidez de esa mañana. El sol era tibio y cuando sus rayos daban al agua aparecían muchos colores suaves. Apoyé el rostro entre mis manos y vi que el dragón aparecía en la superficie, agitaba la cabeza a uno y otro lado, me estaba empapando.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

—¡Eres excelente! —grité con energía.

—¿Quieres venir? —me preguntó con los ojos llenos de entusiasmo.

—¡Sí! ¡No, no, no... tengo miedo al agua! —contesté casi temblando.

—¿Te gustaría aprender a nadar? —dijo con serenidad y aquella mirada suya que sabía leer el corazón.

—Sí —contesté con esperanza.

—Entonces, ¡déjate llevar! —y su voz repicó en mis oídos como una gran campana de plata.

—Ven aquí —dijo mientras extendía los brazos y sonreía con ternura. Yo corrí y me arrojé sin miedo, pero cerré los ojos y sólo me sentí cubierto por el agua y sostenido por él, por mi amigo. Entonces ocurrió casi un milagro para mí: descubrí que aquel mundo acuático me gustaba y que cambiar el miedo por la confianza, el “dejarse llevar” era lo que me hacía fluir, así que satisfecho por fin pude sonreír.

El dragón me dio un beso en la frente, uno que sentí como la espuma, como el rocío y la vida me pareció tan transparente. ¡Ahora yo podía ser una beluga, una muy ligera, claro!

En nuestras andanzas por el bosque hubo una que en particular me resultó significativa: era una tarde de flores silvestres, nos encontrábamos en una colina morada, y de pronto se detuvo mi amigo el dragón. Observé que hurgó entre las arrugas de su gran vientre. Pareció dar cuerda al ombligo: tiqui-tiqui cual reloj, y después se oyó la melodía de una cajita musical.

—¿Qué buscas? —pregunté.

—¡Esto! —sonrió mientras alzaba una bolsita de terciopelo negro—. ¡Toma! —dijo mientras alargaba su mano verde para dármele. Primero la agité y el sonido me recordó el de unas campanitas mecidas por el viento. Después abrí el pequeño envoltorio y descubrí muchas capsulitas transparentes.

—¿Qué son? —pregunté.

—¡Semillas de luz para el futuro! ¡Mira, vamos a sembrar en el presente! —Y así fuimos echando semillas en el camino, sembrando... Al final, cuando sólo quedaba una, me miró muy fijo a los ojos, sonrió y dijo:

—¿Sabes? Es importante despedirte del pasado y sólo honrar lo mejor de éste, pero una vez en el presente debes caminar de tal forma que estés conectado a la Tierra y al cielo, sin perder detalle de lo que vives y dejando fluir la vida. No quiero decir que no tendrás problemas en el futuro, simplemente que debes tener confianza en que la sabiduría te acompañará y todo estará siempre al nivel de tus fuerzas. ¿Entiendes?

—Creo que sí —respondí con timidez.

Entonces el dragón soltó una sonora carcajada, tomó la última semillita de luz y con su saliva la pegó en mi frente. Aquel día me sentí unicornio, rinoceronte azul, faro de luz.

Hubo más y más días mágicos, llenos de luz, de cuentos, de amor y juegos, como el día en que hicimos coronas de hojas, ¡éramos los reyes del bosque! El dragón me llevaba sobre sus hombros y a nuestro paso nos saludaban las liebres, los insectos y las aves. Emocionado me puse a lanzar besos a la creación y grité: “¡En vida, dragón, en vida!” Lancé pétalos también, me sentía un verdadero gigante, estaba feliz por lo real que era la vida. El sabor de la miel, el color azul, los frutos de los eucaliptos: todo me hablaba del poder de la creación! Entonces susurré al oído de mi amigo:

—Te quiero mucho, mucho, dragón.

—Y yo a ti —me respondió.

Y sentí que el calorcito que había en mi corazón subía a mis mejillas dándoles color, y de ahí pasaba a mis orejas. Nuestras mejillas permanecieron juntas un rato, y creo que el dragón se emocionó porque sentí que algo mojó mi rostro, y descubrí que a mi amigo le rodaban un par de lágrimas. ¡Él y yo éramos uno solo! ¡Éramos los reyes del bosque!

Yo no quería ver lágrimas ese día, así que se me ocurrió despeinarlo y exclamó:

—¡Ah, pequeño bribón! ¡Me las vas a pagar! —Y me hizo tantas cosquillas en las axilas que tuve que pegar un brinco y después retarlo a que me siguiera.

—¡Adiós, dragón, puedo correr más aprisa que tú! —Y así, éramos dos enormes siluetas con vida: un niño y un enorme dragón multicolor que corría detrás, lanzando almendras que sacó no sé de dónde mientras vociferaba:

—¡Ya verás, cuando te atrape no voy a parar de hacerte cosquillas!

¡Y claro, la pura idea me hacía reír!

Sin embargo, hubo una diferencia, algo que empezó de manera tan silenciosa que de pronto tuvo que estallar. Al principio noté que las manos del dragón eran cada vez más delgadas, más huesudas por así decir y que los cuentos que decía en la noche me empezaban a dar miedo; sus ojos, a veces se veían desorbitados, parecía un perico enorme que podía atacar. Por las mañanas nuestros paseos ya no sabían al bosque de la libertad, parecía que escapábamos y entonces me pregunté: ¿De qué o de quién huíamos? Eso no me quedaba claro. Sólo puedo decir que el dragón se veía muy seguro y su mensaje fue: hay guerra y nos están atacando.

—Pero yo no veo nada —repliqué con la esperanza de que él notara su error. Sin embargo, lejos de prestar atención a mi comentario, continuó:

—Necesitamos hacer una barricada para protegernos.

—¿De quién? —expresé más con fastidio que con miedo.

—Estos troncos y estas ramas nos servirán... —añadió él siguiendo su propio discurso e ignorando completamente cualquier frase que yo dijera.

No sólo el habla del dragón se había alterado, también su conducta y su aspecto. Sus ojos parecían perdidos, como si percibiera y viviera un momento, un escenario al que yo no tenía acceso, pero que repercutía en mi presente y me resultaba amenazante. Su tono de voz había cambiado, era áspero como una roca, potente como una catarata y temible como un trueno.

Yo mismo empecé a dudar de la realidad y mis propias percepciones; si había un ser en la Tierra que fuera amado por mí, era justamente mi amigo el dragón. ¿Por qué sucedía esto? Lo

peor de todo era estar en un estado de alerta y no saber qué pretendía, ¿cómo actuaría? ¿Por qué era como si él estuviera encarcelado dentro de sí y ahora fuera diferente? Pensé que tal vez, sin darme cuenta, yo había causado algún daño, tal vez no me había portado suficientemente bien, o tal vez el dragón se había cansado de mí. Y cuando menos lo esperaba me abandonó, dijo que tenía que pelear una guerra. Mis gritos y mi llanto no sirvieron de nada.

La soledad se hizo tan grande, que aquella fue la noche más oscura de mi vida, y de pronto me pregunté quién era yo. ¿Tenía padres, una familia? ¿Por qué no podía recordarlos? Sólo sentía nostalgia y una infinita tristeza. Por primera vez me pregunté si el dragón era real, si yo había sido un ángel al que quitaron sus alas para cumplir una misión en la Tierra... y entonces volví a llorar: ¿qué había hecho mal?

Cuando el dragón me hizo tanta falta, y ya agotado por tantas emociones, me recosté en el pasto, cerré los ojos —no sin miedo— y soñé entonces que de algún sitio lejano me lanzaba millones de escamas que formaban un manto de color y sonido que me cubrió aquella noche.

¿Cómo era posible que sintiera aquel vacío enorme? Mi corazón era como una mariposa de barro seco o plumas empapadas sin movimiento y seguí llorando.

Al amanecer me dije que tal vez me había tocado la cola de una serpiente y entonces tendría que volver a empezar, pero ¿cómo? Entonces descubrí a lo alto aquella ave que atrapó la piedra que se convirtió en estrella. ¡Era un águila real! Agité los brazos y elevé mi voz:

—Señora águila, usted que viaja por los cielos... ¿ha visto a mi amigo el dragón? ¿Es verdad que se desató una guerra?

—He visto a tu amigo, y al menos la guerra se desató para él —respondió mientras revoloteaba a mi alrededor.

—Yo no entiendo —dije mientras me encogía de hombros.

—A veces las batallas se pelean a solas, en silencio y nadie más que uno mismo las puede librar. El dragón sostiene su propia

guerra y debes confiar en que hará lo mejor —me contestó el águila sin dejar de planear.

—¿Sabe? Me siento triste, asustado, y al mismo tiempo ¡estoy tan enojado! Y me digo que no es posible que tenga tantas emociones al mismo tiempo, y que lo siga queriendo. ¿Sabe usted? Extraño a mi amigo: éramos uno solo, y durante nuestros paseos siempre tuve la impresión de que la vida era como un chupirul: blanca y con siete lindos colores. No entiendo, ahora es como si tuviera un caramelo ácido en la lengua... No entiendo, éramos uno solo.

—Tal vez empiezas a entender mejor de lo que tú mismo crees —respondió el águila—: Hoy has aprendido dos lecciones muy difíciles pero muy reales: el dragón y tú no son uno solo, son dos, son seres diferentes y eso quiere decir que aun así pueden tener similitudes, que pueden estar juntos o no pero que al final es deber de cada uno buscar y recorrer su propio camino.

“La otra enseñanza la has expresado muy bien: la vida puede ser un chupirul, pero también un caramelo ácido. Tal vez no te guste la idea, pero así es, y lo importante es que no te desanimes, que puedas sentirte agradecido por aprender: la vida es una constante maestra que enseña y somos nosotros quienes aprendemos o no la lección.

Y dando un fuerte chillido la señora águila se elevó nuevamente a los cielos de donde había surgido. Una nube pasó en ese momento y no supe más de ella.

Mi amigo el dragón no tardaría mucho en volver... y regresaría maltrecho, con lanza y espada, como si en verdad se hubiera ido a la guerra.

—¡Te odio! —grité mientras corría para empujarlo con todas mis fuerzas.

—Sí, pero también me amas —dijo mientras yo veía una vez más sus ojos de chispitas color maple, y sus hoyuelos de azúcar. Entonces mis hombros se aflojaron y el nudo que tenía en la garganta me salió por los ojos como un océano sin fin. ¡Nos abrazamos como en los viejos tiempos! ¡Era el mismo dragón a

quien yo quería pero que me había abandonado! Así que pregunté:

—¿En qué te fallé, por qué me dejaste?

—Pequeño, nunca te quise dejar, pero tuve que hacerlo porque fue más fuerte que yo, y debes saber algo: tu recuerdo me acompañó siempre y gracias a ello pude regresar a despedirme de ti. Entablé una batalla con la locura que me lleva a su reino.

—¿Y le ganaste? —pregunté viéndolo a los ojos y escuchando cómo el viento le movía las escamas.

—Sólo por unas horas, el tiempo que necesito para decir “adiós” y transmitirte mi herencia —respondió con voz melancólica.

—¿La locura? —pregunté con desconfianza.

—No, algo mejor: la fantasía —y me miró con complicidad mientras se dibujaba una amplia sonrisa en su rostro. ¡La misma sonrisa que me daba calorcito al corazón!— Acuérdate bien —dijo con seriedad mi amigo el dragón—, no importa cuánto llegues a crecer. Siempre podrás viajar de ida y vuelta a ese reino, con equipaje ligero y sueños maravillosos. Y si así lo deseas y me das acogida, yo seré parte del equipaje de tu vida. Estaré en los recuerdos de tu corazón y cuando quieras encontrarme sólo tendrás que buscar ahí.

Y dicho esto acercó su rostro al mío, como hice yo con él cuando nos conocimos. Juntó la punta de su nariz a la mía y dijo por última vez:

—Te quiero y siempre te voy a querer.

Yo me sentí paralizado: veía todo tan lejano, como si hubiera sido una visión. El dragón murió, la punta de la colina se abrió, y ahí quedó sepultado, entre las flores silvestres, entre las flores moradas.

Mis padres dijeron que pasé por varios días de fiebre, y que yo no tenía idea de cuánto me querían y lo mucho que habían sufrido por mí. A lo lejos se escuchaban unas campanitas mecidas por el viento en el balcón de papá. Yo les dije todo, absolutamente todo cuanto les he narrado a ustedes sobre mi amigo el

dragón. Pedí a papá y a mamá que me llevaran a la montaña para decir adiós. Era una tarde llena de viento, de bóveda celeste, naranja y blanco. Sí, era una tarde mandarina, de girasoles y recuerdos. Besé la hierba donde él estaba sepultado y grité con fuerza y entusiasmo: “¡Amén!”. El eco me respondió: “¡Amén, amén!” Mi pelo revoloteaba... Me puse de pie y extendí los brazos a los costados mientras mi rostro apuntaba al cielo. Entonces fue que entendí: el nacimiento y la muerte forman parte de un mismo ciclo: la vida.

Me parece que papá y mamá pensaron que todo lo inventé, que fue provocado por mi fiebre. Yo sé que todo fue real, no tengo la menor duda. Mi queridísimo amigo dragón me obsesó con el más grande regalo que alguien me hubiera podido dar. Con él aprendí que somos las dos caras de una misma moneda, que somos ángeles y también demonios, que somos bestias y dioses. Lo importante es no olvidarlo, porque entonces corremos el riesgo de andar por la vida como espejo fragmentado. Hay que aprender a unir nuestros pedazos y en todo caso matizarlos con nuestra voz de acuarela.

Hoy puedo decir, sin idealizar a mi amigo el dragón, que fue un fantástico ser: con virtudes y defectos, que su existencia dejó huella, que me acompañó siempre en el equipaje de la vida. Comprendí que todos tenemos una misión en el planeta, y que la muerte no es tan aterradora como el hecho de pensar en ésta sin haber cumplido el propósito de nuestra vida.

El dragón, al igual que otros seres en el mundo, sufrió por la locura, pero en una batalla conquistada fue capaz de retornar y dejarme la más grande herencia: la fantasía. Con tal tesoro yo he sido capaz de cumplir mi propia misión, y si alguno hubiere que al oír esta historia haya echado a volar su imaginación, lo invito a seguir narrando, que el dragón doquiera se encuentre, se dará por bien servido.